

Nueva York, setiembre de 2026

Señor Presidente de la Asamblea General,
Señor Secretario General,
Señoras y señores Jefes de Estado y de Gobierno,
Señoras y señores,

En primer lugar corresponde
saludar a este pueblo norteamericano
que hace 250 años
(un cuarto de milenio)
decidió y entendió
que las personas poseen derechos.
Que el derecho a la vida, a la libertad y la felicidad
Tenían que ser la guía de todo gobierno.

Y que los gobernados deciden
sobre quiénes serán los gobernantes.
Nosotros en el sur de América heredamos
50 años después esos estandartes.
Salud!

Comparezco ante esta Asamblea
en nombre de un país joven,
pero con tradiciones profundamente arraigadas.

Un país que ha aprendido, a lo largo de su historia,
que gobernar no es solamente administrar recursos
o instituciones.

Gobernar es, ante todo,
trabajar por el bienestar de las personas.

Ese ha sido uno de los grandes propósitos del Uruguay:

construir una sociedad en la que la dignidad,
la libertad, la convivencia y las oportunidades
puedan ser parte
de la vida cotidiana de sus ciudadanos.

Y si hay una palabra
que resume buena parte
de nuestra vocación como país,
esa palabra es paz.

No concebimos la paz
simplemente como la ausencia de guerra.

La entendemos como una construcción permanente:
la posibilidad de que las personas puedan vivir, trabajar,
educar a sus hijos, desarrollar sus proyectos
y mirar hacia el futuro sin miedo.

Uruguay ha sido, con sus virtudes y también,

como todo país,
con sus sombras,
un país que ha procurado resolver sus diferencias
mediante las instituciones, mediante el diálogo
y mediante la búsqueda de acuerdos.

En esta Asamblea reafirmamos
Nuestra disposición permanente
a contribuir con las misiones de Paz,
con un profundo sentido de la responsabilidad
y la solidaridad.

Hombres y mujeres uruguayos pueden dar testimonio
del valor que esta herramienta tiene
A la hora de aliviar el sufrimiento
y de garantizar el respeto por la vida humana
de las poblaciones más indefensas.
Sigamos contando con Uruguay para ello.

No somos un país de grandes estridencias.
Somos, más bien, un país de grandes convicciones.

Y una de esas convicciones
es que la construcción de la paz nunca “se termina”.
No podemos darla por garantizada.
Cada generación tiene la responsabilidad
de volver a construirla.

No puede haber una paz para unos
y otra paz para otros.

No hay sufrimientos que importen más
porque ocurren más cerca,
ni vidas que valgan menos
porque nacieron en otro territorio.

Cuando las personas sufren,
la humanidad entera tiene una responsabilidad.
Cuando un pueblo es desplazado,
cuando una familia pierde su hogar,
cuando los jóvenes no encuentran salida
y se ven amenazados en su salud mental.

Cuando un niño crece bajo el estruendo de las armas,
cuando millones de personas viven en la pobreza
o sin ninguna oportunidad,
no podemos permanecer indiferentes.

Tampoco podemos ser indiferentes
ante el dolor que implica
un estado de guerra interminable,
el miedo y el dolor que genera el crimen organizado,
la amenaza permanente del terrorismo,
la represión que surge de la tiranía,

o el sufrimiento que provoca
un férreo bloqueo económico
como el que sufre el pueblo cubano.

No creemos que posicionarse
de un lado u otro de una guerra,
de una confrontación o de una disputa
contribuya necesariamente a resolverla.
Muchas veces, por el contrario,
profundiza las divisiones.

Nuestro compromiso es otro:
buscar caminos de entendimiento,
abrir espacios de diálogo
y contribuir a que los conflictos
encuentren una salida pacífica.

Eso no significa indiferencia.

No significa relativizar el sufrimiento.

No significa desconocer las responsabilidades.

Significa entender que la paz

exige algo más difícil que tomar partido:

exige trabajar para que ese enfrentamiento

pueda terminar lo antes posible.

Y para ello necesitamos también

recuperar algo que, en ocasiones,

parece haberse perdido en el debate internacional:

la humildad.

Los uruguayos tenemos una expresión

que resume una manera de entender la convivencia:

“nadie es más que nadie”.

Ningún país es dueño de la verdad absoluta.

Ninguna nación tiene el monopolio de las soluciones.

Ninguna sociedad puede pretender
que su experiencia histórica sea universal.

Y ningún pueblo
debería ser condenado a elegir
entre modelos impuestos desde afuera.

Nuestra forma de entender las relaciones entre países
surge de esa noción de humildad.

Una humildad que no significa debilidad.

Al contrario:
significa reconocer
nuestras propias limitaciones
y, al mismo tiempo,
confiar en la capacidad de los demás.

Venimos de un país diverso en sus opiniones,
pero profundamente comprometido con la posibilidad

de construir un futuro común.

Y creemos que esa combinación
—diversidad en las ideas y cohesión en el futuro—
puede ser también nuestro aporte
para la comunidad internacional.

Hoy vivimos un tiempo particularmente difícil.

La desigualdad extrema continúa siendo
una de las grandes amenazas para la convivencia.
La pobreza sigue privando a millones de personas
de oportunidades básicas.

Y las guerras
continúan destruyendo vidas,
comunidades y esperanzas.

Mientras discutimos sobre crecimiento,

tecnología, inteligencia artificial, transición energética
o nuevas formas de producción,
hay millones de personas
que siguen preguntándose algo mucho más elemental:
cómo alimentar a sus hijos,
cómo acceder a una vivienda,
cómo conseguir un empleo
o cómo vivir mañana sin miedo.

No podemos perder de vista esa realidad.

El desarrollo tiene sentido
cuando mejora la vida de las personas.

La economía tiene sentido
cuando está al servicio de la sociedad.

La tecnología tiene sentido
cuando amplía nuestras libertades
y nuestras oportunidades.

Y la política tiene sentido
cuando es capaz de transformar la realidad
para llevar felicidad a nuestra gente.

Hablamos desde la experiencia de un país pequeño,
alejado de los grandes centros de poder,
pero convencido de que nuestro tamaño
no puede determinar nuestra capacidad de aportar,
y mucho menos afectar nuestra dignidad.

Necesitamos instituciones multilaterales
más eficaces, más representativas,
más cerca de las personas
y capaces de responder
a los desafíos de nuestro tiempo.

Necesitamos cooperación.

Necesitamos solidaridad.

Y necesitamos mostrar también austeridad
desde estos ámbitos.

Pero, sobre todo,
necesitamos volver a confiar
en nuestra capacidad colectiva para cambiar las cosas.
Porque, en el fondo, la idea misma
de bienestar y de progreso
nace de algo profundamente humano:
la capacidad de reconocer el sufrimiento
y negarse a aceptar la inercia.

El ser humano es creador
precisamente porque no se resigna.
Percibe aquello que duele.
Percibe aquello que puede ser diferente.
Y entonces aparece el deseo de cambiar.

Ese deseo de cambiar es, quizás,
uno de los testimonios más profundos
de nuestra libertad.

Y cuando nuestros pueblos
avanzan camino al progreso
generalmente lo hacen
esgrimiendo la poderosa magia de la libertad.

Sabiendo que la libertad no consiste solamente
en elegir entre posibilidades.

También consiste
en tener los medios para transformar
aquello que queremos cambiar
por el bien de la comunidad toda.

Nuestra libertad se vuelve más plena

cuando somos capaces

de ampliar la libertad de los demás.

Cuando cambiamos nuestras sociedades
mediante el diálogo.

Cuando construimos instituciones más justas.

Cuando realizamos obras significativas
que permanecen más allá de nuestras propias vidas.

Cuando una escuela abre sus puertas.

Cuando un niño accede a esa oportunidad
que antes no tenía.

Cuando una comunidad consigue superar una división.

Cuando dos países que estaban enfrentados
encuentran finalmente
un camino de entendimiento.

Hoy somos más de ocho mil millones de personas
habitando un mismo planeta.

Ocho mil millones de historias distintas.
Ocho mil millones de esperanzas.
Ocho mil millones de posibilidades.
No somos una humanidad terminada.
Somos una humanidad que se está haciendo.
Cada mañana tenemos la posibilidad
de decidir qué mundo queremos dejar
a quienes vienen después.

Podemos aceptar la desigualdad como inevitable.
Podemos aceptar la guerra como permanente.
Podemos aceptar la pobreza como destino.
Podemos aceptar
que la desconfianza sustituya al diálogo.
O podemos elegir otro camino.
El camino más difícil,
pero también el más humano.

Uruguay viene hoy a esta Asamblea con esa convicción.

Con la humildad y el respeto
propios de un país pequeño.

Pero también con la firmeza
de quien conoce el valor de sus principios.
Venimos a decir que la paz no es una utopía.
Es un trabajo permanente.

Ningún conflicto se resuelve definitivamente
con más conflicto.

Ninguna sociedad se vuelve más segura
cuando la desesperanza se convierte en norma.

Ningún país puede construir su bienestar
de manera aislada.

El futuro de la humanidad dependerá,
en buena medida,

de nuestra capacidad para comprender
que estamos profundamente interconectados.

Somos diferentes. Pensamos diferente.

Tenemos historias diferentes.

Tenemos intereses diferentes...

Esto no es entre “malos y buenos”.

Sabemos bien que muchas veces
los “buenos” se convierten rápidamente en “malos”,
o los que ayer condenábamos duramente,
mágicamente se transforman en referentes
de nuestra “alianza para el bien”

Pero compartimos un mismo planeta
y, en última instancia, un mismo destino.

La ONU tienen cada día más razón de existir,
y debe inexorablemente evolucionar

al ritmo de los cambios geopolíticos
que vertiginosamente se suceden.

Debemos todas y cada una
de las Naciones que la conforman,
ser parte activa de la organización,
cada quien en la máxima medida
que sus capacidades le permitan.

Queda claro que el esfuerzo
debe centrarse en ser una organización actualizada,
debidamente respaldada,
con toma de decisiones justas que deban ser acatadas.

Las fronteras de los países no pueden depender de
veleidades humanas,

sí deben ser protegidas y respetadas
por ser los límites definidos para mantener identidades,
idiosincrasia y sentido de pertenencia
de sus respectivas poblaciones.

No podemos seguir siendo rehenes
de la voluntad de unos pocos países
que se pueden contar con los dedos de una mano.

Y no se puede ceder
a razones de conveniencias económicas de turno,

El objetivo está claro,
es lograr estabildades duraderas

que permitan que todo el esfuerzo de los ciudadanos
y sus respectivos gobiernos
se canalicen hacia la generación de prosperidad,
lejos por cierto
de la destrucción y del sufrimiento
que provoca la guerras.

Tenemos un compromiso, hagamos honor al mismo.

La historia que habrá de imponerse
es la que escribamos cada día
con nuestras propias acciones.

Por todo esto Uruguay seguirá apostando por el diálogo,
por el multilateralismo,
por la cooperación,

por el derecho internacional
y por la solución pacífica de las controversias.
Y, sobre todo, por la dignidad de cada ser humano.

La humanidad sigue negándose a considerarse
definitivamente hecha.

Y esa es, quizás, nuestra mayor esperanza.

Que todavía podamos cambiar.

Que todavía podamos aprender.

Que todavía podamos construir.

Que todavía podamos elegir la paz.

Y este simple hecho nos advierte finalmente
de la pureza sin sombra de la idea de que
“Somos y nos transformamos juntos.”

Poco aporta a los objetivos de la ONU
utilizar solamente esta tribuna
para acusar y atacar.

El fuego no precisa más combustible.
Aprovechemos mejor esta instancia
Y démolse otra oportunidad a la Paz.

Porque la relación entre Estados,
Como la relación entre las buenas personas
Trae felicidad
si evitamos andar a los golpes
o a los codazos.

Muchas gracias.